

---

---

## EL CONTEXTO SOCIO-POLÍTICO EN ORIENTE MEDIO. EL ASCENSO DEL ISLAMISMO Y LAS RESPUESTAS OCCIDENTALES

---

---

FRED HALLIDAY

---

---

### EL CONFLICTO DE ORIENTE MEDIO Y LA SEGURIDAD EUROPEA

**D**urante los próximos años, y con toda probabilidad durante las décadas venideras, la cuestión fundamental respecto a la seguridad europea será la de su relación con los conflictos de Oriente Medio, y en particular la de las sociedades y estados europeos, y sus aliados en Oriente Medio, con los grupos armados islamistas. Esto se ha puesto de manifiesto en los últimos años con la preocupación pública y oficial ante la amenaza islamista, y en la forma en que este tema ha llegado a dominar los debates sobre los asuntos políticos y de seguridad. A falta de otro mejor, tomaremos aquí como punto de partida los acontecimientos del 11 de septiembre. Ya hace más de seis años del inicio de la confrontación global, calificada en Estados Unidos como “la guerra global contra el terror”, y, en la retórica de los islamistas radicales, como la yihad contra el “enemigo lejano”. No se trata, como sugeriría la exagerada retórica que utilizan en Washington, de una “Tercera Guerra Mundial”, equivalente en intensidad, número de víctimas o peligrosidad a la Primera y Segunda Guerras Mundiales o a la Guerra Fría, que, en sus cuarenta años de duración, se cobraron más de veinte millones de vidas. Sin embargo, y a pesar de su carácter esporádico e incoherente, el 11 de septiembre constituye un punto de inflexión en la historia mundial, y por implicación en la europea: a pesar de todos sus antecedentes, el ataque de las fuerzas de Al Qaeda en EEUU fue la primera vez en quinientos años que una fuerza del tercer mundo golpeaba de un modo masivo a una ciudad del norte metropolitano (los ataques islamistas argelinos en París en la década de 1990 fueron de una escala mucho menor), y se produjo más de diez años después de que se iniciase la primera oleada de ataques yihadistas contra

objetivos occidentales, con el atentado al World Trade Centre de 1993 y los posteriores ataques contra objetivos norteamericanos en Arabia Saudita (1995) y en el este de África (1998). Los atentados de Madrid en 2004 y de Londres y Ammán (Jordania), en julio y noviembre del 2005, deben considerarse como parte de la anterior secuencia. La cuestión relativa a cuándo, y por qué, empezaron dichos ataques es importante para entender el reto que plantean, y ha sido espectacularmente eludida en la respuesta, tanto en Washington como en Nueva York, a los ataques del 11 de septiembre: los orígenes políticos de estos acontecimientos se encuentran en la Guerra Fría.

Sin embargo, ya es hora también de empezar a hacer preguntas sobre el futuro, sobre cómo va la lucha con el yihadismo suní, y sobre cuáles son las perspectivas de futuro. Por encima de todo es preciso examinar qué es lo que comporta la supuestamente unitaria, unidimensional, “Guerra contra el Terrorismo”, una expresión que aquí se evita y que se sustituye por la más precisa e indeterminada de “Guerra Larga”. Si bien nunca es posible juzgar de un modo fiable, y mucho menos con certeza, un conflicto militar, convencional o no, durante el curso de las hostilidades, es preciso que tanto los estados como los observadores independientes se formen un juicio provisional sobre el tipo de guerra que se está librando, y también que se formen un juicio inicial, si bien necesariamente condicional, sobre lo que nos depara el futuro. Lo que sigue es un intento de abordar estas cuestiones situando los acontecimientos más recientes, y los probables desarrollos futuros, en su contexto político y regional.

## **EUROPA Y ORIENTE MEDIO**

Este análisis empieza, por consiguiente, con la evaluación de una dimensión importante, y para los europeos inmediata, de la guerra larga: la de las implicaciones que tiene este conflicto para el Mediterráneo, globalmente considerado, y para las relaciones entre Europa y Oriente Medio, en general. Esto a su vez requiere un análisis del conflicto –o, formulando mejor las cosas, de los ‘conflictos’– de Oriente Medio, además de los diferentes conflictos internos, uno de los cuales –pero sólo uno– es el conflicto ‘árabe-israelí’; Oriente Medio parece estar una vez más en el centro de una importante y duradera crisis internacional que está teniendo un gran impacto en la política interior de muchos estados europeos, incluidos España y el Reino Unido, y que también está teniendo una incidencia negativa en el debate sobre la Constitución Europea y la

adhesión de Turquía a la Unión. Si admitimos que esta interacción de Europa y Oriente Medio es uno de los factores que han contribuido a dar forma a la multidimensionalidad de la crisis actual, se hace posible explorar de qué modo los factores formativos de la historia y la geografía han configurado la actual interacción. Al mismo tiempo, hemos de evitar poner el mayor énfasis analítico en eras muy pretéritas: éste no es lugar para tediosas generalizaciones acerca del mundo islámico como el ‘otro’ antagonista, cuando, en el transcurso de los siglos ya hemos tenido que vérnoslas con otros muchos ‘otros’ europeos autóctonos; ni para cosificaciones transhistóricas de las relaciones entre civilizaciones. Es, más bien, la ocasión para esbozar una perspectiva general precisa, medida y exhaustiva de lo que ha significado esta interacción en tiempos recientes. El peso de Oriente Medio en Europa no es un producto de los años, o de los siglos, pasados, sino del presente y probablemente del futuro; concretamente, como ya hemos apuntado, la cuestión de la seguridad en Oriente Medio, su impacto en Europa y el lugar que en ella tiene el terrorismo, tanto visto en forma de GGCT (guerra global contra el terror) como en forma de yihad, es, y casi con toda certeza seguirá siendo durante las décadas venideras, la mayor preocupación de seguridad de nuestro tiempo.

Oriente Medio es, antes que nada, el vecino de Europa, y éste es un hecho ineludible. Efectivamente, en el contexto de la crisis actual, vale la pena recordar hasta qué punto los acontecimientos ocurridos en Oriente Medio, incluso en el pasado, se han hecho sentir sobre los estados occidentales. En las últimas décadas, Oriente Medio no ha sido la única área importante de la crisis internacional: durante la Guerra Fría hubo guerras mucho más graves en África y en el este de Asia, y la crisis más dramática de todas se produjo en Cuba, en octubre de 1962. Desde el final de la Guerra Fría, ha habido guerras en los Balcanes, en África central y en Sudán, así como en partes de la antigua Unión Soviética. Pero Oriente Medio es clave en la política mundial y ejerce un impacto directo en ella por varias razones obvias, pero importantes. En primer lugar, es el área del tercer mundo que está más cerca de Europa; en segundo lugar, es, y seguirá siendo durante décadas, la fuente de la mayor parte del petróleo y el gas natural (un hecho dramáticamente evidente, sobre todo en la crisis del petróleo de 1973 y en la más reciente situación casi de pánico provocada por la dependencia energética de Europa). Es, por tanto, probable que la dependencia energética europea aumente efectivamente en las dos próximas décadas.

Además, en las últimas décadas, Oriente Medio ha sido la fuente de una serie de importantes crisis políticas dentro de los propios estados occidentales. Por lo que respecta a EEUU, la revolución iraní y la crisis de los rehenes de 1979-1980 acabaron con el presidente Carter; el presidente Reagan quedó parcialmente desacreditado por el Irangate en 1986-1987; y Bush ha perdido buena parte de su crédito como presidente en Irak. En Europa, la invasión de Suez en 1956 provocó la mayor de las crisis en la Gran Bretaña desde 1945, e Irak puede haber desacreditado de un modo permanente la carrera de Tony Blair. Francia quedó convulsionada por Suez en 1956, e incluso en mayor medida por el impacto de la guerra de Argelia, que puso fin a la Cuarta República y llevó a de Gaulle al poder en 1958. La URSS no fue destruida solamente por la guerra de Afganistán; pero esa guerra, desde 1979 a 1989, contribuyó significativamente al fin del comunismo soviético. España no ha estado directamente involucrada en Oriente Medio en las últimas décadas, pero las guerras de Marruecos de la década de 1920, particularmente la derrota de las tropas españolas por Abd el-Krim en la revuelta del Rif de 1921, desempeñaron un papel importante en el descrédito de la monarquía y en el advenimiento de la República en 1931 (1). Añádase a esto el impacto que tuvo Oriente Medio en las elecciones españolas del 2004 y en las italianas del 2006, en las que la victoria, en ambos casos, fue para partidos que se habían comprometido a retirar sus tropas de Irak. Todo esto indicaría que el mundo desarrollado, tanto en Europa como en Estados Unidos, ha sido –y a la luz de los acontecimientos actuales en Irak y Palestina, seguirá siendo en el futuro– muy vulnerable a lo que pase en Oriente Medio, aparte de cuestiones más directas como el precio y el abastecimiento del petróleo, el terrorismo, la emigración y las armas de destrucción masiva.

Para completar esta argumentación relativa a la interdependencia política de Europa con respecto a la región, es preciso reconocer algo que raramente se reconoce en Europa, concretamente que fue Oriente Medio el que encendió la chispa más importante –si bien, no determinante– de la explosión del orden europeo en el siglo XX. Durante más de dos siglos, después de obligar a los otomanos a retroceder en 1683 en Viena, Europa se quedó en gran parte aislada del mundo no europeo, en el mismo momento en que lo sojuzgaba. Durante los siglos XVIII y XIX, las potencias europeas lucharon entre sí, o al menos se enfrentaron, en diferentes partes del tercer mundo: por ejemplo, el Reino Unido y Francia en Canadá,

---

(1) Sebastián Balfour, *Deadly Embrace. Morocco and the Road to the Spanish Civil War*, Oxford: Oxford University Press, 2002.

en la década de 1760; España y Estados Unidos en Cuba y Filipinas, en la década de 1890; y a esto hay que añadir la guerra de Crimea de comienzos de los años 1850 (Gran Bretaña y Francia, con el Imperio Otomano, contra Rusia), el enfrentamiento anglo-francés en Sudán, en Fashoda en 1898, y el choque anglo-franco-alemán en Agadir, Marruecos, en 1911. Pero ninguna de estas confrontaciones en el mundo colonial llevó a una importante guerra inter-europea, como tampoco la crisis del tercer mundo, durante la Guerra Fría, condujo a una guerra entre la Unión Soviética y la Europa occidental.

Lo que fundamentalmente determinó, y de hecho destruyó, a Europa fue algo que sucedió en Oriente Medio después de 1900, concretamente el establecimiento de un régimen militar nacionalista radical en Turquía en 1908, el de los ‘Jóvenes Turcos’: este régimen nacionalista, modernizador, centralista, él mismo consecuencia de la presión ejercida durante décadas por Europa y Rusia, llevó a la Guerra de los Balcanes de 1911-1913, a las limpiezas étnicas masivas y, lo más significativo de todo, a la chispa que encendió la guerra europea de 1914-1918, el asesinato del archiduque Francisco Fernando por un nacionalista serbio en Sarajevo en junio de 1914. En síntesis: fue un conflicto en Oriente Medio, promovido por una presión estatal y de mercado exterior, europea, lo que inició la secuencia de acontecimientos que llevó a la Primera Guerra Mundial; y fue la Primera Guerra Mundial –con su impacto sobre Rusia, Europa y el clima ideológico de la época– lo que desencadenó los conflictos subsiguientes del siglo XX, hasta 1991.

Así, pues: la historia de la Europa moderna, y la crisis, el colapso y las sustituciones de regímenes que siguieron, además de las tres grandes guerras del siglo XX, desde 1914 a 1991, fueron en parte consecuencia de acontecimientos ocurridos en Oriente Medio. No debemos olvidarlo. En la práctica, quienes afirman que Turquía debería ser excluida de Europa probablemente han olvidado que Turquía, durante cinco siglos –es decir, durante mucho más tiempo que EEUU o que Rusia, dos entidades que hace cinco siglos no existían– ha sido y seguirá siendo parte de Europa, como también lo es de Oriente Medio. Lo que la integración de Turquía en el sistema político, económico y de seguridad europeo puede representar, es algo históricamente esencial para el continente: paz y cierto grado de seguridad en el sudeste de Europa. Cuando nos olvidamos de esto, lo hacemos a nuestra cuenta y riesgo, y esto vale tanto para muchos europeos como para algunos turcos.

## **LA “CRISIS DE LA GRAN ASIA OCCIDENTAL”**

Más allá de enfocar la atención en crisis y países específicos, el estallido de este nuevo conflicto internacional necesita ser abordado teniendo en cuenta sobre todo dos contextos: un contexto regional y un contexto socio-político. Primero, en el nuevo contexto regional, una ‘Crisis de la Gran Asia Occidental’, que se ha formado, o que ha emergido, durante las dos últimas décadas, más o menos desde el final de la Guerra Fría (2). Esto equivale a un nuevo sistema regional, más interactivo e interrelacionado; un sistema en el que estados regionales, fuerzas políticas y sociales no estatales, así como el mundo exterior, particularmente EEUU, conciben y desarrollan políticas respecto a estos países.

Hace cuarenta años, la palabra ‘región’ –en árabe *al mantaqa*– se usaba de un modo muy laxo, principalmente retórico, para dar a entender que ciertos acontecimientos y países estaban conectados, cuando en realidad a menudo no lo estaban. En Oriente Medio se hablaba de la existencia de ‘lazos’ entre diferentes países, por ejemplo Palestina, Egipto, Irán, Cachemira, pero esto no pasaba de ser una exageración, y las poblaciones de los diferentes países se preocupaban principalmente de sus propios asuntos. Así, por ejemplo, el conflicto árabe-israelí tenía muy pocas conexiones con las tensiones iraní-iraquíes, con el conflicto entre Yemen y Arabia Saudita, con la guerra revolucionaria argelina, o con la del Sudán meridional. En el contexto contemporáneo, y especialmente desde los años noventa del siglo XX, ha llegado a haber una interacción, percibida de un modo mucho más fuerte, entre los acontecimientos que han tenido lugar en estos países. Por primera vez se ha constituido una región, en el sentido de un espacio político y estratégico integrado. Esto incluye no solamente a países de Oriente Medio, como Palestina e Irak, sino también áreas tradicionalmente separadas de Oriente Medio como Afganistán y Pakistán –ésta es la razón de que aquí utilicemos la expresión ‘Asia Occidental’ para denotar una región mayor que Oriente Medio. Bush habla de un ‘Gran Oriente Medio’, pero esta expresión se ha forjado para incluir a Irán, pero excluyendo a Pakistán. Sin embargo Pakistán, que ha estado años respaldando irresponsablemente a los mujaidines de Afganistán, y que no ha sabido controlar la proliferación de ‘armas nucleares’, se ha convertido en una de las

---

(2) El término es invención mía, y hay que distinguirlo del “Gran Oriente Medio” de la política norteamericana, en el que el área cubierta excluye al Pakistán. Véase mi libro *The Middle East in International Relations*, Cambridge: CUP, 2005, capítulo 5: ‘El desarrollo de la Crisis de la Gran Asia Occidental’.

principales fuentes de inestabilidad de la región. Es el ‘estado canalla’ por excelencia, pero es también el estado canalla de América, de ahí que esté exento de las críticas norteamericanas. Este concepto de una crisis de la Gran Asia Occidental también ha sido concebido para llamar la atención sobre lo que puede considerarse como la fuente histórica central de la actual inestabilidad, así como del terrorismo y del 11 de septiembre, que no es Palestina, sino la guerra de Afganistán de la década de los ochenta (3). Todos los males que nos aquejan actualmente provienen de esta errónea política por parte de Occidente de respaldar a los mujaidines y no al gobierno de Kabul y al proceso negociador de las Naciones Unidas (4). Cuando Occidente denuncia, como tiene que hacer, el terrorismo fanático de Oriente Medio, hay que recordar también quién fue el primero que contribuyó a crear y respaldar a estas personas. Bin Laden fue originalmente una creación de la política de EEUU, de Pakistán y de Arabia Saudita durante aquel período: los últimos años de la Guerra Fría.

## CRISIS SOCIO-POLÍTICA

Esta gran reconfiguración de la situación regional, y de la forma en que las potencias exteriores consideran la región, ha ido acompañada de una nueva situación, cada vez más crítica, dentro de los estados regionales. Por supuesto que los estados de Oriente Medio y del Asia Occidental tienen características sociales y políticas enormemente diferentes, igual que pasa con los países europeos o latinoamericanos. Pero para entender bien el ascenso del islamismo, tanto en su forma política mayoritaria como en su forma yihadista minoritaria, hemos de fijarnos en ciertas tendencias más amplias que se han ido desarrollando en el interior de dichas sociedades durante los últimos años, más o menos desde la década de 1970. Son estas tendencias las que se subsumen bajo la expresión ‘crisis socio-política’.

---

(3) Visité Kabul durante la ocupación soviética, en octubre de 1980, y llegué a la conclusión de que era preferible estabilizar al régimen soviético existente, que armar y respaldar a la oposición de los mujaidines, entre los que estaban Bin Laden y su banda transnacional de asesinos. Junto con otros expertos occidentales que compartían mi punto de vista (Jonathan Steele, Selig Harrison), colaboré con la misión del delegado de la ONU, Diego Cordovez, a favor de una retirada soviética negociada.

(4) Puede efectivamente afirmarse que la guerra de Afganistán de los ochenta es, hasta cierto punto, para la crisis mundial del siglo XXI, lo que la Guerra Civil española de los años treinta fue para el siglo XX. Fue la cocina donde se prepararon todos los venenos que posteriormente sepultaron al mundo.

Primero, para excluir, o al menos para situar en un lugar secundario determinadas explicaciones convencionales: este nuevo islamismo, y los correspondientes problemas de seguridad, no son un producto de la religión –del Islam– como tal, ni de un supuesto ‘conflicto de civilizaciones’. La religión, y de un modo más general los factores civilizatorios, pueden proporcionar un lenguaje para la articulación de las protestas y para la militancia, pero no las explican (5). Segundo, esta crisis está sólo parcialmente relacionada con los indicadores generales del desarrollo económico, como la pobreza, el desempleo y la desigualdad en las rentas: por supuesto que estos hechos fomentan una gran insatisfacción y dan cuenta de una gran parte de la popularidad de que gozan grupos como Hamás o Al Qaeda entre las poblaciones musulmanas; pero las bases sociales de estos grupos, y de sus líderes y organizadores, no guardan correlación con las privaciones o las dificultades económicas. Tercero, si bien es cierto que, de un modo general, todos estos movimientos pueden ser vistos en el contexto de la ‘globalización’ –término que engloba el cambio social, cultural, mediático y económico, y si bien la hostilidad a lo ‘global’ forma ciertamente parte de la ideología de los grupos militantes–, no ha sido la globalización como tal la que ha fomentado dichos movimientos, aunque sólo sea porque, en algunos aspectos clave como la apertura de mercados, la liberalización comercial, etc., los estados de Oriente Medio han permanecido relativamente aislados de la globalización y de sus consecuencias sociales más graves, como el desempleo masivo o la reducción del bienestar, que sí se han hecho notar en otras partes, como en la antigua URSS o en partes de América Latina.

Los orígenes de la crisis, más que en los ámbitos económico, ideológico, o incluso social, se encuentran en el ámbito político, y comportan tres procesos en particular. Primero: una sensación general de impotencia, sometimiento y control por parte de potencias exteriores, siendo uno de los elementos más obviamente provocadores de esta sensación, el actual fracaso en conceder derechos nacionales a los palestinos. No necesitamos retroceder mucho en la historia y apelar a la pérdida de la grandeza imperial árabe o musulmana, y mucho menos a los textos del Corán, para entender esto. Es una crisis que se inicia hace unas cuantas décadas, con el sistema colonial establecido en Oriente Medio durante la década de 1920, después del colapso del Imperio Otomano, incluida la

---

(5) He discutido este tema de un modo más extenso en mi libro *Islam and the Myth of Confrontation*, London: I.B.Tauris, 1996 [Traducción española: *El Islam y el mito del enfrentamiento*, Ediciones Bellaterra, 2005].



partición del mundo árabe, el establecimiento de Israel y la imposición y el mantenimiento de unos regímenes opresivos. No es tanto, como demasiados escritores occidentales dan por supuesto, una cuestión retrospectiva, una nostalgia por la antigua grandeza árabe; es más bien una cólera nacida de la aparente negativa a conceder a los mundos árabe y musulmán los mismos derechos –y, lo que es más importante, el mismo respeto– de los que todos los pueblos y naciones, en virtud del simple hecho de participar en el mundo moderno, con todos sus derechos y aspiraciones, se sienten merecedores. En otras palabras: no es a causa del pasado que los árabes están resentidos, sino a causa del presente; no es por ninguna diferencia cultural, psicológica o religiosa, sino más bien por todo lo contrario, porque forman parte del mundo moderno y porque se sienten con derecho a ello.

El segundo factor principal de la crisis socio-política es el fracaso de ideologías anteriores, de tipo más secular: el nacionalismo, tanto en sus formas radicales como en las liberales y conservadoras (el nacionalismo secular de Mosadeq en Irán, el kemalismo en Turquía, la OLP, etc.); el socialismo, en sus diversos disfraces árabes (egipcio, iraquí, sirio, libanés, argelino); el comunismo (fuerte en Argelia, Egipto, Irak, Siria, así como en Irán y, conviene no olvidarlo, en Afganistán); y también ideologías más conservadoras, como el monarquismo (el Irán de Pahlevi, Jordania) y el monarquismo ortodoxo suní (Arabia Saudita). La mayor equivocación, o la interpretación retrospectiva más errónea del actual mundo árabe y musulmán, es pensar que las sociedades que lo forman, y los sistemas políticos a ellas asociados, han sido siempre –o ‘en el fondo’, ‘realmente’, ‘inherentemente’– de carácter religioso o islámico, y que es este ‘genuino’ carácter lo que finalmente ha salido a plena luz: la verdad es más bien que la creciente influencia de las ideas islamistas en la vida política, social y judicial de estos países, desde la década de los setenta en adelante, refleja la incapacidad cada vez mayor de las otras ideologías para estar a la altura de las necesidades y aspiraciones de las personas que viven en estos estados. Ha sido el fracaso –desde un punto de vista nacional e internacional, y especialmente desde un punto de vista ‘nacionalista’– de estas otras ideologías lo que ha abierto las puertas al islamismo. Lo que es ‘nuevo’ en el mundo musulmán no es el nacionalismo, ni las aspiraciones al crecimiento económico y al poder, sino la forma religiosa, islamista que estas ideologías y estos ideales políticos universales asumen actualmente.

Estas dos grandes –y en cierto modo nebulosas– tendencias se han visto además exacerbadas por una tercera tendencia más concreta; a

saber, la crisis cada vez mayor del propio estado en estos países. Esta crisis adopta diversas formas: una incapacidad de contener o resistir a las potencias extranjeras hostiles, particularmente a Israel y a EEUU; el fracaso a la hora de introducir importantes reformas democráticas o administrativas en un sistema de estados cuyo mapa, y cuya forma de ser, son reliquias del colonialismo y de la Guerra Fría; y un fracaso cotidiano más inmediato para proporcionar a sus pueblos empleo, asistencia médica, educación, vivienda o, lo que es muy importante, un gobierno honrado: el omnipresente sentimiento de la corrupción de la élite, del estancamiento en muchos países árabes, alimenta al islamismo, tanto en Argelia como en Egipto, Kuwait o Arabia Saudita, y el mismo efecto tiene, en el caso de Turquía, el intento de un régimen militar secular establecido en la década de 1920, de seguir controlando el poder político y social. Todo esto, por cierto, se ha visto exacerbado por una serie de cambios sociales de mayor alcance: el crecimiento de la población, especialmente en las principales ciudades, la disminución de oportunidades y del empleo agrícola, la rapidez de las comunicaciones y los cambios tecnológicos. Es en esta combinación de una serie de tendencias políticas y en cierto modo sociales, donde debe ubicarse el ascenso, difusión y probable resistencia a largo plazo del islamismo. La crisis de la región del Asia Occidental, por debajo de los problemas militares, internacionales y regionales más evidentes, es más una crisis socio-política que socio-económica. El éxito de los grupos islámicos no está solamente en la articulación de esta crisis, y en protestar contra ella, sino también en la formulación o, de una forma más vaga, en dar la impresión de poder formular una alternativa en forma de un estado justo, eficaz e independiente, y en muchos casos –como en Egipto, Líbano o Palestina– de intervenir directamente para proporcionar al pueblo los servicios de salud, educación y vivienda que el estado moderno, remoto, corrupto e ineficaz no es capaz de proporcionarle.

## **LA MULTIDIMENSIONALIDAD DEL CONFLICTO**

Sobre este fondo podemos ahora centrarnos más directamente en la naturaleza del conflicto contemporáneo. Por mucho que sus protagonistas –Osama Bin Laden en la misma medida que George Bush– hayan tratado de simplificar la naturaleza del conflicto, es importante, en primer lugar, recordar una lección que se desprende de todos los grandes conflictos o guerras, de la historia moderna; a saber, su *carácter multidimensional*. La Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, fue tanto una guerra

entre dos tipos de estado capitalista, el democrático y el autoritario (EEUU/Gran Bretaña/Francia contra Alemania), como una guerra entre un estado capitalista autoritario (Alemania) y su oponente comunista (la URSS), y también comportó –aunque quedase disimulada por las alianzas de la guerra– una competición entre el nuevo imperialismo americano y los viejos imperialismos europeos. Además de estas dimensiones, que adoptaron una forma principalmente interestatal, la Segunda Guerra Mundial incorporó –en gran parte de Asia y de Oriente Medio– una dinámica anti-colonial, y al mismo tiempo –en Europa– una guerra insurreccional de los movimientos de resistencia nacional contra el ocupante fascista (Italia, Grecia, Yugoslavia, Polonia, Albania) (6).

El mismo argumento es aplicable en el caso de la Guerra Fría: también ella tuvo un carácter multidimensional. Sus diferentes dimensiones fueron: primero, una rivalidad estratégica, enfocada en la disputa territorial en Europa, y sobre la carrera nuclear armamentista entre los EEUU y los bloques soviéticos; segundo, una competencia impredecible y compleja por establecer alianzas en Asia, África y América Latina; tercero, una lucha anticolonial, desde Vietnam, en 1945, hasta Palestina, Namibia y Sudáfrica a finales de la década de 1980; cuarto, un conflicto social que se refractó en los conflictos internos, tanto de las sociedades capitalistas occidentales como de las sociedades comunistas soviéticas; finalmente, una rivalidad por la hegemonía y la independencia en el bloque comunista, por un lado (URSS-China) y en el bloque euro-americano por el otro (7).

## **DISCURSOS ESTRATÉGICOS: “GUERRA GLOBAL CONTRA EL TERRORISMO” Y YIHAD**

Sobre este fondo, podemos pasar ahora a examinar los acontecimientos más recientes. A efectos de este análisis, vamos a considerar como punto de partida del conflicto actual el 11 de septiembre de 2001: fue entonces cuando el conflicto se volvió completamente global y cuando EEUU se vio plenamente involucrado en el mismo. Esto es arbitrario pero justificable, tan justificable como lo es fechar el comienzo de la Segunda Guerra Mundial a partir del 3 de septiembre de 1939, y no a partir de con-

---

(6) Para un intento, desde una amplia perspectiva histórica de tipo marxista, de especificar las diferentes dimensiones de la Segunda Guerra Mundial, véase Ernest Mandel, *The Meaning of World War Two*, London: Verso, 1986.

(7) Para un intento de distinguir e interconectar estas tendencias, véase Fred Halliday, *The Making of the Second Cold War*, London: Verso, segunda edición, 1986.

flictos anteriores en Manchuria (1931), Etiopía (1935), España (1936), China (1937) y Checoslovaquia y Austria (1938). Calificado como la ‘Guerra Global contra el Terror’ (GGCT) por EEUU, y como ‘Yihad Contra el Enemigo Lejano’ por Al Qaeda, este conflicto es –examinado más de cerca– otro ejemplo de una guerra mundial multidimensional, no tan intensa o costosa como la Primera y la Segunda Guerra Mundial, o como la Guerra Fría, pero igual de compleja. Es ya, y tiene todo el aspecto de seguir siendo por mucho tiempo, una ‘Guerra Larga’. El cambio en la jerga estratégica norteamericana, consistente en pasar de hablar de una derrota posiblemente rápida del terrorismo a la necesidad de librar una ‘Guerra Larga’, y de contener más que derrotar al oponente, refleja la convicción de que ésta será una lucha prolongada. Esta complejidad no era evidente inmediatamente después del 11 de septiembre, pero ha ido haciéndose más y más evidente a medida que ha transcurrido el tiempo, pues los acontecimientos subsiguientes han servido para establecer su complejidad, y por consiguiente su multidimensionalidad, con una perspectiva mucho más clara. En una considerable medida, no fue hasta bastante tiempo después, en 2005, con la decisiva victoria electoral de George W. Bush en noviembre de 2004, y con la espectacular y continua escalada del conflicto en Irak, que se hizo evidente en toda su complejidad esa Guerra/yihad.

De una forma concisa, podemos identificar al menos seis importantes dimensiones de este conflicto –centrado en Oriente Medio pero con ramificaciones europeas y globales más amplias– tres de ellas dentro del propio movimiento islamista, y tres de un modo más amplio dentro de la política internacional. En un primer sentido, más limitado, éste es un conflicto entre una tendencia minoritaria pequeña, pero decidida dentro del islamismo yihadista o armado, por un lado, y EEUU, con los estados europeos y de Oriente Medio que son sus aliados, por el otro (8). Es evidente que la tendencia representada por Bin Laden, y por todos los demás grupos indirectamente asociados con él desde el punto de vista organizacional, o simplemente unidos por los lazos de la imitación y la simpatía, es un afloramiento de la emergencia más amplia del islamismo armado o militante durante las dos últimas décadas, pero no deja de ser una minoría dentro de esta facción más amplia. En segundo lugar, por tanto, tenemos la incidencia más amplia del yihadismo, un movimiento que no aspira a ser glo-

---

(8) Fawaz Gerges, *The Far Enemy. How Jihad Went Global*: Cambridge: Cambridge University Press, 2005, y los diversos artículos que ha publicado entre el 2004 y el 2006 sobre este tema en *La Vanguardia*, Barcelona.

bal, sino que es específico de cada país y que opera enteramente o básicamente dentro de dicho país. Estos grupos yihadistas armados específicos de cada país han permanecido activos, durante las dos últimas décadas como mínimo, en varios países, entre ellos Palestina, Egipto, Argelia, Yemen, Afganistán, Indonesia, Filipinas, y en Líbano en su versión chií, Hizbollah. La gran mayoría de *yihadistas*, por consiguiente, limitan sus actividades y objetivos a estos países particulares. La opción de atacar objetivos fuera de estos países, que empezó a hacerse evidente en los ataques, realizados y frustrados, de comienzos y mediados de los años noventa, es hija de este yihadismo de orientación doméstica, un cambio, para decirlo en el lenguaje que utilizan estos grupos, desde el enemigo ‘cercano’ al enemigo ‘lejano’(9). La mayor parte de grupos militantes no operan en el extranjero de esta forma: practican lo que podría calificarse como ‘terrorismo en un solo país’. El modelo Al Qaeda es, por consiguiente, un modelo marginal, aunque resistente, dentro de un esquema más amplio de oposición armada frente a Occidente y sus estados aliados, ya sean Israel, Arabia Saudita, Egipto o Uzbekistán. Esto no significa que estemos restando importancia al potencial demostrativo y de seguridad de Al Qaeda, sino darle el peso que le corresponde, dentro del concepto global del yihadismo y el islamismo. Fue en el Sudán suní militante y en Afganistán donde Bin Laden encontró un mayor respaldo: pero el fracaso del experimento sudanés de exportar la revolución islámica (1990-1996) y más tarde la caída de los talibanes en el 2001, siguiendo los acontecimientos del 11 de septiembre, significaron que los yihadistas militantes perdieron sus apoyos estatales. Ha sido esta pérdida de esponsorización estatal, combinada con el fracaso en su intento de asalto al poder en los países nucleares que ellos identifican como sus objetivos –Egipto, Arabia Saudita, Argelia– lo que ha empujado en gran medida a esta tendencia a realizar acciones más extremas y espectaculares, pero estratégicamente ineficaces, en el extranjero.

## EL ISLAMISMO Y LA POLÍTICA EN ORIENTE MEDIO

Más importante que el conflicto armado entre yihadistas transnacionalmente activos y las fuerzas norteamericanas, o incluso que la yihad o la

---

(9) Véase también *Messages to the World. The Statements of Osama Bin Laden*, edición e introducción de Bruce Lawrence, London: Verso, 2005. Para una excelente interpretación, véase Denis McAuley, ‘The ideology of Osama Bin Laden: Nation, tribe and world economy’, *Journal of Political Ideologies*, vol. 10, n° 3, octubre de 2005.

lucha de grupos similares específica de cada país, es la dimensión política, la lucha de los grupos islamistas por el poder dentro de sus propios países, por medios pacíficos, políticos. Como ya hemos apuntado en una sección anterior de este capítulo, las fuentes de este movimiento son diversas, pero la generalización y el ascenso del islamismo desde finales de los años sesenta es, por encima de todo, una respuesta al fracaso de los movimientos seculares, nacionalistas y de izquierdas en Oriente Medio y más allá. A la luz de la profundidad de este proceso, no tiene demasiado sentido especular cuándo va a remitir esta tendencia. Éste es un proceso que se da tanto en el mundo suní (90% de la población musulmana) como en el chií (10%), que ha estado en marcha durante varias décadas, y que se remonta a la fundación de los Hermanos Musulmanes en Egipto en la década de 1920; al papel que desempeñaron los Hermanos Musulmanes en la organización y la dirección del levantamiento palestino de 1936-39; al movimiento *khilafat* en la India británica que llevó, finalmente, a la ruptura del país y al establecimiento de un estado islámico independiente –Pakistán– en 1948; a la lucha entre los Hermanos Musulmanes y el régimen nasserista en Egipto, durante los años cincuenta y sesenta; y a la revolución iraní de 1978-79. Irán representó el primer caso de la llegada de los islamistas al poder, pero al menos otros dos regímenes, el gobierno del Frente Islámico Nacional en Sudán, a partir de 1989, y el de los talibanes en Afganistán, 1996-2001, han sido ejemplos de dicho proyecto islamista, y en ambos casos se llegó al poder por medio de la violencia.

De mucha mayor importancia que el yihadismo armado, aunque eclipsada en la atención internacional por los violentos incidentes de Manhattan, Madrid y Londres, ha sido la evolución hacia la política de los grupos islamistas, particularmente con la presencia en el gobierno de Turquía del Partido Islámico de la Virtud, y con la creciente implicación política en las elecciones de los Hermanos Musulmanes o de grupos con ellos relacionados en Kuwait, Jordania, Palestina y Egipto, así como con la paralela evolución hacia la política de Hizbollah en Líbano. Los indicios de esta evolución se manifestaron de un modo obvio en 2005 y principios del 2006: el avance de los partidos chiíes en Irak y Líbano, las victorias electorales de los partidos asociados con los Hermanos Musulmanes en Kuwait, Egipto y Palestina (Hamás). Sea cual sea la suerte de las tendencias insurreccionales y yihadistas, esta evolución más amplia de la opinión política en Oriente Medio, un proceso que se remonta a la derrota árabe ante Israel de 1967 y al descrédito de los partidos seculares en el gobier-

no y en la oposición, perdurará con toda probabilidad muchos años. Éste, y no la incidencia de las atrocidades yihadistas transnacionales, es el mayor reto estratégico al que tendrán que hacer frente tanto Europa como Oriente Medio.

## **EL CONFLICTO ESTRATÉGICO EN ASIA OCCIDENTAL: IRÁN Y EEUU**

En este punto, y teniendo en cuenta la evolución interna –política e ideológica– de los grupos islamistas, podemos centrarnos de nuevo en el análisis de las dimensiones interestatales, regionales e internacionales del conflicto, desde la perspectiva de la “Crisis de la Gran Asia Occidental”. Aquí es preciso tener en cuenta otras tres grandes tendencias o factores. Uno es el conflicto entre Irán y EEUU por el dominio del Asia Occidental, entendiendo por ello, como hemos dicho más arriba, no sólo Oriente Medio y el Golfo Pérsico, sino también Irán y Afganistán, y con implicaciones para Pakistán en el sur y para el Asia central y transcaucásica en el norte. Desde el final de la Guerra Fría, esta amplia arena estratégica ha sido el escenario de un importante conflicto en el interior de los estados y de las sociedades. Esta rivalidad regional empezó con la revolución iraní de 1979, la expulsión de toda influencia norteamericana de Irán, y la crisis de los rehenes de 1979-1981, y continuó con la pérdida de vidas americanas en Líbano en 1980, cuando aliados iraníes asesinaron a varios marines americanos en un ataque a sus barracones en Beirut. Aunque EEUU no jugó un papel importante en el estallido de la guerra entre Irán e Irak en septiembre de 1980, sí proporcionó a Bagdad, desde el primer momento, cobertura diplomática y ayuda logística y financiera, y en 1987 intervino con sus fuerzas navales del lado de Irak y sus aliados en el Golfo, hundiendo a una parte importante de la flota iraní, antes de que se llegase a un acuerdo de paz en el verano de 1988.

Los intentos de restablecer las relaciones por parte de los presidentes Rafsanjani y Jatami, por el lado iraní, y del presidente Clinton, por el lado norteamericano, no dieron ningún resultado, como tampoco lo dio la breve mejora de relaciones durante las primeras semanas posteriores al once de septiembre, cuando los iraníes y los norteamericanos colaboraron en relación con Afganistán. El discurso de Bush sobre el ‘Eje del Mal’ de enero del 2002 marcó, en cambio, el inicio de una nueva fase de confrontación, y el 2003, la Casa Blanca rechazó una oferta secreta iraní de negociar un acuerdo global en Oriente Medio sobre todos los temas en

disputa. Parecía que *en ninguna de las partes* existía la voluntad suficiente para salir del impasse. El resultado, sin embargo, no tardó en llegar: al mismo tiempo que Irán reforzaba discretamente sus lazos con Hizbollah y Hamás, convirtiéndose con ello en una fuerza militar mediterránea, por primera vez desde hacía dos milenios (es decir, desde el imperio aqueménide de los siglos V y IV de antes de nuestra era), la crisis de Irak, posterior a la invasión norteamericana de marzo del 2003, brindaba a Teherán una oportunidad de oro para aumentar su influencia allí. Más de cinco años después de la invasión, el resultado es claro: por debajo del conflicto militar, más evidente, entre las fuerzas norteamericanas y la insurrección suní en Irak, Irán está consolidando su posición por medio de los partidos políticos y del nuevo gobierno, y por medio de su influencia en las milicias, la policía y el nuevo ejército iraquí. De acuerdo con algunos observadores, Irán es, en efecto, y ciertamente más que EEUU, la verdadera potencia de ocupación en Irak: desde el estallido de un conflicto directo suní-chií a comienzos del 2006, es evidente que Irán ha perdido el control de algunos de los grupos a los que respaldaba o consentía, y que no podría controlar fácilmente la situación, si EEUU retirase sus fuerzas; pero en todo caso es evidente que es la potencia más influyente y que lo será cada vez más, a medida que Washington vaya perdiendo terreno. Lo que EEUU pierde, lo gana Irán. Es posible que Irán pueda volver a jugar sus cartas, como ha hecho ya otras veces, tanto bajo el sha como bajo los imanes, aunque ninguna potencia exterior puede controlar una guerra civil sectaria, como tuvieron ocasión de comprobar los sirios en Líbano en sus propias carnes; pero, por lo que respecta al conflicto norteamericano-iraní, Irán es en Irak el más claro beneficiario, si no el vencedor.

## **LA ESTRATEGIA NEOCONSERVADORA: EUROPA EN EL EXTERIOR, ATRINCHERAMIENTO SOCIAL EN EL INTERIOR**

Los cuatro factores hasta ahora identificados tienen que ver con el conflicto regional, armado y político, entre EEUU y Occidente, por un lado, y fuerzas del propio Oriente Medio, por otro. Sin embargo, ninguna guerra o conflicto es enteramente unidimensional, y cualquier análisis de la crisis en Oriente Medio que pretenda ser exhaustivo tiene que tener también en cuenta la política norteamericana y su impacto en la región. Así, al igual que otros conflictos, y particularmente igual que en el caso de la Guerra Fría, el conflicto estratégico al que nos referimos como ‘GGCT’ o ‘guerra larga’ también tiene dimensiones internas, domésticas, dentro de EEUU.



Una de ellas es la adopción, por parte de la administración Bush, de una clara estrategia global de tipo neoimperial, surgida de unos planteamientos elitistas y de unos cambios ideológicos más vastos que han tenido lugar en el propio EEUU: forjada en los noventa, en el período subsiguiente a la Guerra Fría, y en oposición a la política comparativamente liberal y multilateralista de la administración Clinton (1993-2000), esta estrategia ‘neoconservadora’ hizo hincapié en la necesidad, por parte de EEUU, de actuar como una potencia global unipolar y de imponer su voluntad, por la fuerza si fuera necesario (10). Central en esta estrategia, aunque no de un modo determinante, era la alianza con Israel (11) y la oposición a aquellos estados de Oriente Medio que desafiaban a EEUU, o sea Irak e Irán. Si la elección de Bush en el 2000 permitió a los neoconservadores empezar a introducir cambios en la estrategia norteamericana, fue el once de septiembre lo que les proporcionó la necesaria oportunidad de oro que, con el apoyo de buena parte de la opinión pública norteamericana, les permitió poner en marcha esta política económica global en versión completa, y en particular con respecto a Oriente Medio. La guerra contra los auténticos patrocinadores de Al Qaeda –los talibanes– no era suficiente. Y la ‘guerra contra el terror’, en la medida en que se libraba contra un enemigo invisible y nebuloso, requería una constante revitalización y refocalización: de ahí, una vez concluida la campaña afgana a finales del 2001, el inicio de la campaña de propaganda para vincular a Irak con el terrorismo yihadista y para justificar la invasión del 2003. El hecho de que esta estrategia contra el terrorismo, como se ha hecho evidente en Irak, y por las consecuencias que ha tenido en el resto de Oriente Medio, haya sido un desastre político, y el hecho de que mientras EEUU estaba preocupado por Irak, iba perdiendo influencia en Europa, América Latina y el este de Asia, constituyen una prueba adicional del carácter peligrosamente ideológico de esta visión neoconservadora del mundo.

La ideología y la estrategia neoconservadoras, sin embargo, tienen una dimensión adicional en la que convergen la ‘guerra contra el terror’ y las dimensiones de seguridad, interculturales y políticas que la acompañan, a saber, la de alterar el equilibrio político y normativo en el interior de la sociedad norteamericana; un proceso que, además de las implicaciones que tiene para la política exterior norteamericana, también

---

(10) James Mann, *Rise of the Vulcans: the History of Bush's War Cabinet*, New York: Penguin Viking, 2004; Bob Woodward, *Plan of Attack*, London: Simon & Schuster, 2004.

(11) Anatol Lieven, *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism*, USA, Oxford University Press, 2004.

ha servido, tanto de una forma explícita como de una forma más sutil, para ensanchar el abismo que separa las políticas y las percepciones europea y americana del mundo. La Guerra Fría fue acompañada –y en cierto modo requirió– una movilización ideológica o, para utilizar una expresión que en su día estuvo de moda, un ‘rearme moral’, para hacer frente al enemigo sin organizar campañas –aunque esto también se hizo de una forma política natural– que de todos modos los líderes y los partidos querían igualmente promover: lo que hicieron acontecimientos como la Guerra de Corea en los cincuenta, o el once de septiembre a principios de la década actual, fue proporcionar un pretexto y una justificación pública a dichas campañas. Así, lo mismo que sucedió durante la Guerra Fría sucede ahora con la ‘guerra larga’, y la confrontación exterior va acompañada de una serie de programas ideológicos y sociales en los que los valores conservadores, la hostilidad al bienestar social, y una religiosidad y nacionalismo exacerbados se combinan para alterar el clima y el equilibrio electoral dentro del propio EEUU. Pero, en contraste con la Guerra Fría, además –un momento en que un sentimiento de energía nacional y de movilización recorrió América, como fue evidente, por ejemplo, en el Programa Espacial–, la respuesta al once de septiembre ha sido más introspectiva y taciturna, y se ha basado más en el miedo y en la inseguridad (12). Las dimensiones internacionales de este conflicto no pueden reducirse a su contexto doméstico, ni viceversa, como tampoco es posible hacerlo en el caso de la Guerra Fría (13). De todos modos, se da un solapamiento significativo y un reforzamiento mutuo de los asuntos y de las inquietudes de seguridad internas y externas (14). Los mecanismos legales y de vigilancia introducidos para justificar el contraterrorismo –algunos justificados y otros sin justificación– cumplen esta misma función más general.

---

(12) “Sean cuales sean sus diferencias ideológicas en este año de elecciones presidenciales, los americanos parecen estar de acuerdo en una cosa: el paisaje político que han de atravesar los candidatos del 2008 apenas resulta reconocible, comparado con el que atravesaron George W. Bush y Al Gore hace tan sólo ocho años. Obviamente, los ataques terroristas del once de septiembre del 2001 y sus secuelas, han cambiado a América de una forma múltiple e irreparable. Pero incluso más allá de la emergencia de la guerra y de la seguridad nacional como preocupaciones primordiales, se ha producido una profunda reordenación de las prioridades domésticas, un ensombrecimiento del estado de ánimo del país, y, en opinión de muchos, un deshilachamiento del sentido mismo de la identidad norteamericana”. Kevin Sack, *International Herald Tribune*, 25 de enero de 2008.

(13) He analizado este tema en relación con las últimas etapas de la Guerra Fría en *The Making of the Second Cold War*, 2ª ed, London, Verso, 1986.

(14) Esto no es lo mismo que afirmar que la ‘guerra contra el terror’ sea un simple pretexto para ‘fabricar miedo’; el miedo es también un producto de las acciones de Al Qaeda.

Como parte de esta imposición de un mayor control social, estamos asistiendo a un amplio control de los medios de comunicación y de las discusiones públicas por parte de una administración hermética, al acoso de los intelectuales, académicos y analistas políticos independientes, a una autocensura generalizada, a un puro y simple incumplimiento por parte de los medios de comunicación (con algunas excepciones notables como la que representa Seymour Hersh) de su responsabilidad de investigar, y a un clima de histeria nacionalista y manipulación en muchas de las cadenas de televisión, empezando por la Fox. Fueron obvias, por ejemplo, durante los meses que precedieron a la invasión de Irak de marzo del 2003, las numerosas falsificaciones que se produjeron en los informes sobre las armas iraquíes, en muchos de los cuales se afirmaba que Irak poseía cantidades importantes de 'armas de destrucción masiva'. Este control del debate público y de la libre expresión de las ideas se refleja en forma de intervenciones norteamericanas en instituciones internacionales como las Naciones Unidas y los organismos que trabajan en el campo de la salud y la planificación familiar en el tercer mundo: los críticos son identificados y convertidos en objetivo, abiertamente o de un modo encubierto; se retiran los fondos destinados a programas sanitarios razonables que deben por ello ser interrumpidos; y se fomenta una política desastrosa, literalmente asesina, con respecto al SIDA. El alcance y la duración que tendrán estos cambios internos en EEUU dependerán, por supuesto, del resultado de las elecciones presidenciales del 2008, unas elecciones que –más que en otras ocasiones– tendrán unos efectos importantes para los estados y la opinión pública en Europa; pero, aunque ganase las elecciones un demócrata liberal, no podría volver sin más al internacionalismo liberal de los noventa, ni alterar fundamentalmente o rápidamente la política norteamericana y su implicación en Asia Occidental.

Esta interrelación entre la política en Oriente Medio y Asia Occidental, por un lado, y los procesos políticos y sociales internos, por otro, no es, sin embargo, específica de EEUU: se da igualmente, aunque de un modo diferente, en Europa. Esto es válido en el caso de los debates políticos (sobre Irak, Afganistán, Palestina, la dependencia energética, la emigración, el multiculturalismo, etc.) que tienen lugar en los principales estados europeos. Los acontecimientos del año 2001 y sus secuelas europeas han producido en varios países europeos, particularmente en Gran Bretaña y

De todos modos, si la 'fabricación' del miedo se toma como objeto de análisis, y de crítica, la idea también debe aplicarse a los objetivos y métodos de Al Qaeda, que por sus propios medios también promueve el miedo.

Francia, nuevas formas de conservadurismo y nuevos intentos de redefinir el orden social en un sentido conservador, así como el de modificar la definición convencional de las libertades políticas y sociales. España, de momento, puede ser una excepción, pero en la mayor parte de la Unión Europea prevalece un nuevo clima de nacionalismo y conservadurismo ligado a la preocupación por la seguridad y el terrorismo; desde los rechazos holandés y francés a la Constitución europea debido en parte a la hostilidad que provoca la posible entrada de Turquía, hasta el conservadurismo del nuevo socio, Polonia, o las contribuciones de la Italia de Silvio Berlusconi. Con el giro a la derecha que se ha producido en los estados y en la opinión pública de otros países de la UE, la apuesta progresista promovida por España y los países escandinavos se encuentra ahora a la defensiva. En Rusia es evidente la existencia de un proceso similar que hace posible relacionar la guerra contra la guerrilla chechena con la construcción del estado autoritario de Putin. El hecho de que Putin aceptase entregar el poder en Chechenia a Ramzan Kadyrov, el hijo del asesinado ex-líder Akhmad Kadyrov, y un hombre acusado de asesinato, secuestro y tortura, revela la naturaleza de su campaña 'antiterrorista'. En suma, la campaña contra el terrorismo legitima, refuerza y se confunde con una composición más conservadora de la sociedad occidental, tanto americana como europea.

## **LA POLÍTICA DEL TERRORISMO**

Sobre este fondo de un conflicto de larga duración y de tipo multidimensional, podemos volver ahora al tema del terrorismo yihadista y sus implicaciones desde un punto de vista de seguridad para la sociedad europea. Aquí, un aspecto esencial en la definición del conflicto es el de evaluar la naturaleza del desafío que representa. Dos son los principales errores que se producen en este sentido, entre otros motivos porque Bin Laden, su segundo Ayman al Zawahiri, su difunto aliado iraquí y otros han hecho a menudo declaraciones que confirman estas interpretaciones (15). Uno es que su objetivo es destruir o conquistar Occidente, considerado desde un punto de vista político y estratégico como el enemigo supremo o, desde un punto de vista más religioso, como una zona de irreligión, *kufr*, que tiene que ser conquistada –o reconquistada, como en el caso de la antigua España árabe ('al Andalus')– y reconvertida al Islam. Es posible

---

(15) Messages to the World. The Statements of Osama Bin Laden –véase la nota 3.

que en algunos movimientos retóricos se declare explícitamente esta ambición global, y siempre habrá militantes islamistas en Europa occidental o en EEUU que proclamen dicho objetivo. Pero éstas son unas aspiraciones engañosas, y sirven principalmente para animar a sus seguidores más que para identificar una estrategia. Dejando aparte la muy importante diferencia táctica respecto al lugar donde se producen las acciones armadas, el objetivo del ‘enemigo lejano’ es el mismo que el del ‘enemigo cercano’: tomar el poder en los propios países del Oriente Medio/Asia Occidental. Del mismo modo que ETA ha lanzado operaciones en Madrid sin querer conquistar Castilla y La Mancha, y que el IRA ha colocado bombas en Londres sin querer anexionar el sur de Inglaterra a Irlanda, también Al Qaeda organiza, inspira, o elogia operaciones llevadas a cabo en Occidente para reforzar sus campañas domésticas. Estos lugares son un territorio para la acción táctica, no unas tierras destinadas a ser permanentemente sojuzgadas.

Esta perspectiva, de acuerdo con la lógica del ‘conflicto asimétrico’ global desarrollada por los vietnamitas en las décadas de 1960 y 1970, implica operaciones que desmoralizan o exageran los límites del enemigo estratégicamente dominante y con ello sirven a los objetivos políticos del movimiento insurgente. Las diversas ‘treguas’ ofrecidas por Bin Laden a los estados europeos y a EEUU también forman parte de una estrategia política; indican que la derrota total de dichos estados no es su objetivo. Este enfoque estratégico era evidente en el 2004 y el 2005. Se trata, sobre todo, de la lógica implícita en las declaraciones de Al Qaeda, en las que ofrecía suspender las operaciones contra los estados objetivo –en el caso del 2005, Italia y Polonia– que habían enviado tropas a Irak. Además, es lo que el propio Bin Laden dijo en el vídeo que dio a conocer poco antes de las elecciones presidenciales norteamericanas del 2004; en este vídeo hizo todo lo que pudo para dejar claro que la guerra de Al Qaeda no era contra el pueblo americano como tal, sino con la política norteamericana y contra su presencia militar y política en las ‘tierras del Islam’.

El otro gran error respecto al yihadismo suní se refiere a la racionalidad o irracionalidad que se atribuye a estos grupos. En la retórica occidental se da una gran importancia al carácter ‘irracional’, ‘fanático’, ‘bárbaro’ de Al Qaeda y sus asociados. Todo esto es cierto, como juicio moral y como expresión –compartida por muchos en el mundo musulmán– de aborrecimiento de lo que Al Qaeda ha hecho y de su retórica sectaria y llena de odio contra los chiíes, tanto como contra los *kuffar*. Pero esto deja sin responder una cuestión igualmente importante, la de la explicación. Aquí, la indigna-

ción moral y las denuncias genéricas del extremismo ‘árabe’ o ‘musulmán’, no son de ninguna ayuda. El tema central es un asunto político relativo a los cálculos políticos a que ello da lugar en las mentes de quienes organizan o por lo menos inspiran los ataques: primero en el sentido de que las causas de este movimiento se encuentran en la política, en el rechazo de la política occidental y de la política de los estados aliados con Occidente en Asia Occidental, más que en las privaciones económicas o en los efectos de la globalización; y en segundo lugar, en el sentido de que los objetivos del movimiento son ellos mismos políticos, sobre todo tomar el poder en una serie de estados, desde Arabia Saudita a Pakistán. Adaptando el famoso dicho sobre la guerra de von Clausewitz, el estratega de principios del siglo XIX, el terrorismo y actualmente el yihadismo son ‘la continuación de la política por otros medios’. Puede que los soldados de a pie y los terroristas suicidas que llevan a cabo las operaciones sean unos fanáticos, pero quienes les dirigen, al igual que con otros grupos terroristas, son calculadores y políticos. La suya es una visión que se extiende años, si no décadas. Y lo que buscan sobre todo es hacerse con el control de una serie de países actualmente alineados con EEUU y con Europa.

Es esta lógica política la que explica el objeto y en algunos casos el ritmo de los ataques. El once de septiembre no fue proyectado para destruir o para debilitar gravemente a EEUU, sino para movilizar apoyos a favor de Al Qaeda y sus aliados en el mundo musulmán. Tanto si los atentados de Madrid (11 de marzo de 2004) y Londres (julio del 2005) estaban calculados para que coincidieran con determinados acontecimientos políticos en estos países, como si no (las elecciones generales en España, la cumbre de Gleneagles del grupo de los 7 en Gran Bretaña), el hecho es que sus autores pretendían evidentemente que tuvieran un impacto importante en la política del país objetivo, España o el Reino Unido, y de algún modo castigar a un gobierno involucrado en la ocupación de Irak. De acuerdo con la lógica de la guerra asimétrica islamista, los atentados en el tercer mundo fueron concebidos para dejar en evidencia la vulnerabilidad del poder americano y occidental, ya fuera perpetrando atentados con bombas en las embajadas norteamericanas del este de África, como asesinando turistas en Bali o atacando embarcaciones en aguas territoriales yemeníes. La oleada de ataques en Arabia Saudita, desde el 2003, ha seguido una lógica política y económica similar: debilitar la confianza de las empresas y de los contratistas occidentales en Arabia Saudita, cuyo éxito económico depende de su presencia continuada en el reino, y dejar en evidencia que la dinastía saudita gobernante depende completamente

de la ayuda occidental. Los ataques perpetrados en Argelia el 2006 revelan un objetivo político e internacional similar. Probablemente el mayor error de cálculo político cometido por los yihadistas fueron los atentados en tres hoteles de Ammán en noviembre del 2005, en los que murieron muchos habitantes autóctonos, pero incluso esto, aunque provocó la hostilidad de parte de la opinión pública jordana y palestina, sirvió también para poner de relieve la existencia de lazos, reales o imaginarios, entre el estado jordano por una parte y EEUU e Israel por otra. Si estos cálculos pueden hacer que en el futuro los militantes islamistas que actúan en el norte de África no ataquen a los centros turísticos de Túnez y Marruecos, es algo que está por ver.

## **PERSPECTIVAS, POSITIVAS Y NEGATIVAS**

Se plantea, por tanto, la cuestión de cómo se ha desarrollado este conflicto hasta la fecha, tanto si consideramos que empezó en el 2001 como si consideramos que lo hizo en 1993. Aquí, el panorama a corto plazo, optimista y basado en un concepto tradicional de la guerra, que han propagado los estados occidentales, puede resultar engañoso. El presidente Bush y otros destacan los éxitos conseguidos hasta ahora por la campaña: la expulsión de los talibanes del poder en Afganistán, el derrocamiento del régimen baasista en Irak. Varios de los principales líderes de Al Qaeda y sus aliados han sido eliminados, y otros han sido arrestados o, en algunos casos, se cree que son controlados por Irán. Sea cual sea la escala de las operaciones llevadas a cabo por los grupos terroristas en Europa occidental desde el 2001, podemos estar razonablemente seguros de que al menos algunas importantes operaciones que se habían planeado llevar a cabo allí han sido frustradas. A nivel gubernamental, y teniendo en cuenta solamente lo que se ha revelado públicamente, en el ámbito de las relaciones entre los aliados, tanto en la OTAN como en la Unión Europea, se han establecido nuevas formas de cooperación contraterrorista.

Sobre el fondo de esta valoración 'optimista', sin embargo, es preciso tener en cuenta otros factores. En primer lugar, y por lo que respecta a los propios acontecimientos del once de septiembre, el estado norteamericano ha hecho muy poco para identificar y castigar a los culpables. Seis años después de la operación del once de septiembre, ha habido solamente una condena efectiva de una persona acusada de implicación directa en los hechos. El marroquí Zakarias Moussawi, juzgado en Virginia, EEUU, por asociación con Al Qaeda, y cuya culpabilidad se basó en su

propia declaración –reconociendo ser un miembro de dicha organización –, no tuvo, sin embargo, una participación directa en los ataques del once de septiembre. EEUU mantiene retenidos en Guantánamo a más de 600 sospechosos, y al menos a varios centenares más, en lugares no revelados de otras partes del mundo, sin que, a juzgar por lo que se ha hecho público, ninguno de ellos haya aportado información significativa alguna. Las causas de los hechos inmediatamente posteriores al once de septiembre, los ataques con ántrax en EEUU, no han sido nunca descubiertas, y no se ha detenido a nadie en relación con estos hechos. Algunas de las medidas anunciadas con mucho bombo, entonces y más tarde, se han quedado en nada: no se ha hecho ningún progreso real en el control de transferencias de dinero no autorizadas a personas sospechosas de terrorismo; los cambios institucionales anunciados en el campo de los servicios de inteligencia con el nombramiento de un supervisor general han sido poco más que teatro. La comunidad de los servicios de inteligencia, a juzgar por la serie de filtraciones y dimisiones, sigue estando absolutamente desorientada.

En el caso de Europa, hay mucha inercia y confusión. Se nombró un responsable oficial de la lucha contra el terrorismo, pero no consiguió ganarse el respeto de los servicios de inteligencia de los principales estados con los que tenía que trabajar, y pronto dimitió de su cargo. Algunos servicios de inteligencia, concretamente los británicos, han dejado claro que, ya que su cometido principal es precisamente la protección de la seguridad *nacional*, no están dispuestos a compartir información secreta o delicada con nadie.

Otros tres factores tienen implicaciones más serias, e indican que nos encontramos frente a un conflicto más a largo plazo y que será más prolongado de lo que muchos, incluidos los principales mandatarios políticos occidentales, están dispuestos a admitir. En primer lugar, Al Qaeda no es una organización tradicional, jerárquica, como una empresa convencional o un partido comunista, que pueda ser destruida liquidando a sus líderes o atacando sus bases: es más bien un movimiento difuso, casi postmoderno, que actúa tanto inspirando actuaciones y estableciendo vínculos informales, como mediante un control formal. Se beneficia ciertamente de los apoyos estatales allí donde puede obtenerlos, como hizo con los talibanes en Afganistán, y antes de ello en Sudán, pero estos apoyos no son vitales para ella: sus militantes y sus simpatizantes a menudo actúan de forma independiente, y construyen vínculos informales, como hacen en Pakistán o en Europa occidental, mediante las redes de parentesco y los reclutamientos



en cárceles, mezquitas y lugares de alojamiento. El grado de influencia o de control ejercido por Al Qaeda en los atentados del 11 de marzo del 2004 en Madrid fue al parecer mínimo, más allá de la pura inspiración demostrativa, y ni siquiera esto puede haber sido necesario. Más aún, quienes perpetraron los atentados de julio del 2005 en Londres, si bien es posible que fueran entrenados y que tuvieran conexiones ideológicas con grupos islamistas de Pakistán, parecen haber actuado por iniciativa propia (16).

En segundo lugar, todas las pruebas indican que el objetivo principal de los ataques del once de septiembre y de los atentados posteriores –concretamente, el de movilizar el apoyo espontáneo entre los varones musulmanes jóvenes, con movilidad y a menudo educados que son la fuente principal de los reclutamientos yihadistas– ha sido un éxito. Todos los informes, tanto de Europa como del mundo musulmán, indican que hay una significativa minoría de la opinión pública que simpatiza con Al Qaeda o grupos similares, y un grupo importante, pequeño pero lo suficientemente amplio y activo, de varones jóvenes dispuestos a luchar y a morir –y sobre todo a matar– en nombre de la causa.

Estos dos factores subyacentes se han visto reforzados por una tercera dimensión de la guerra contra el terror: la política seguida por EEUU desde septiembre del 2001. Al igual que Afganistán en los ochenta, y Chechenia primero y Bosnia después en los noventa, sirvieron para reclutar jóvenes combatientes, esto mismo ha hecho la guerra en Irak desde el 2003. La indignación general que recorrió todo el mundo musulmán, no solamente Oriente Medio, sino también las comunidades de la diáspora en la Europa occidental, por un lado, y en el sudeste asiático, por otro, ha llevado a muchos miles de jóvenes a ofrecerse voluntarios para recibir instrucción y para participar en operaciones militares, algunos de forma abierta como en Irak, y otros de forma hasta ahora encubierta. El ataque a Afganistán posterior al once de septiembre, por legítimo que pudiera ser, fue percibido por muchos musulmanes como un ataque contra ellos. La guerra en Irak, y las revelaciones acerca de la práctica de la tortura por parte de las fuerzas de ocupación, así como acerca de la corrupción en ellas imperante, se han convertido en uno de los más importantes motivos de reclutamiento de oponentes a Occidente en el mundo musulmán. De

---

(16) Lo cual no es lo mismo que decir, como hicieron muchos comentaristas británicos, que fueran ‘productos nacionales’: en la misma medida en que los implicados en los atentados eran personas que vivían en ciudades particulares como Bradford o Luton, también eran, al mismo tiempo, productos de los conflictos políticos e ideológicos de la era de la globalización.

modo parecido, la persistencia de los enfrentamientos en Palestina y el fracaso a la hora de establecer un estado palestino viable, situación que difícilmente cambiará a corto plazo, ha funcionado como una campaña de reclutamiento en todo el mundo musulmán, incluido el sudeste de Asia. Ésta es la razón de que, muy apropiadamente, algunos analistas americanos ya no hablen de una 'guerra contra el terror' –lo que sugiere analogías con una guerra de tipo convencional y con una conclusión próxima y bien definida en cuestión de años–, sino de una 'insurgencia transnacional' que se prolongará mucho hacia el futuro. Es el reconocimiento cada vez mayor de esta realidad lo que explica el uso que se hace en EEUU del término 'guerra larga'. Esta clase de insurgencia puede extenderse a regiones hasta ahora en gran parte exentas de ataques, como Asia central y el sudeste de Asia, pero recibirá un gran impulso si cualquiera de los dos países invadidos –Afganistán o Irak– cae en las garras de una guerra civil, con el consiguiente fracaso de la política occidental. Este fracaso es posible que se produzca en los dos países.

## **LAS RESPONSABILIDADES DE EUROPA**

Sea cual sea el rumbo que tome el yihadismo transnacional y el resultado que arroje la dimensión central del conflicto GGCT/yihad, los otros conflictos más arriba identificados relativos a la crisis global contemporánea en el Asia Occidental y en las actuales relaciones en Oriente Medio proseguirán su propia lógica y evolución. Es posible que la facción de la 'yihad global' sea contenida, o incluso derrotada, pero la insurrección armada en el interior de los países musulmanes que ha inspirado y a partir de la cual ella misma se ha formado, continuará, e incluso puede intensificarse en países –como algunos del Asia central– en los que la opresión y la corrupción política no dejan de crecer. Al mismo tiempo, el conflicto norteamericano-iraní en Asia Occidental, pase lo que pase con los programas nucleares iraníes, continuará haciendo estragos en Afganistán, Irán, Siria, Líbano y desde 2006, con la victoria de Hamás, también en Palestina. Igualmente duraderos serán el intento norteamericano de imponer una nueva forma de hegemonía en Oriente Medio, y de hecho en todo el mundo, por medio de su poder militar y político, y el proyecto –inseparable de este intento– de restaurar un orden normativo conservador en la propia sociedad norteamericana.

En todo caso, por supuesto, tanto los estados como las poblaciones europeas, de un modo algo diferente en cada caso, son partícipes de esta

situación y se oponen a todas las formas de terrorismo, incluido el yihadismo, pero están más comprometidos con el diálogo en Oriente Medio. Para los europeos el equilibrio no es fácil: son rivales de EEUU y al mismo tiempo se muestran aprensivos en sus relaciones con sus propias poblaciones indígenas musulmanas. Todo lo cual hace que sea aún más importante para los estados europeos –individualmente y colectivamente– definir una estrategia que responda a la multidimensionalidad del conflicto, que no subsuma ni justifique todas las políticas bajo una simplista y monolítica ‘guerra contra el terror’ o ‘guerra larga’. Este planteamiento estratégico europeo, diverso y conforme a las normas democráticas y legales, se corresponde con las diferentes culturas y necesidades, constitucionales y pluralistas, de la propia sociedad europea.

Respecto a la situación actual de las relaciones entre Europa y Oriente Medio, y a las respuestas políticas apropiadas, podemos servirnos de la famosa distinción de la escuela de historiadores franceses de los Annales para identificar tres formas de crisis en Oriente Medio y en las relaciones entre Oriente Medio y Occidente. Desde una perspectiva *inmediata*, o como diría la escuela de los Annales, *événementiel*, nos enfrentamos a crisis importantes en determinados estados particulares, concretamente en cuatro de ellos –Irak, Afganistán, Palestina y Arabia Saudita– sin mencionar una cada vez más posible confrontación explosiva entre EEUU e Irán por la cuestión de las armas nucleares. Todos estos temas claros e inmediatos permiten el establecimiento de acuerdos negociados y razonables, pero es muy posible poner en duda que tales acuerdos lleguen a concretarse, y la incapacidad para encontrar una solución en uno de ellos, alimentará el fracaso y la ira en los otros. En segundo lugar, desde la perspectiva de lo que los Annales llaman el contexto *conjuncturel* –el de las décadas– tenemos al menos dos grandes motivos de preocupación. Uno de ellos es el de la amenaza del terrorismo yihadista transnacional, algo real y que con toda probabilidad durará muchos años, y lo mismo hará la respuesta americana, la desacertada ‘guerra global contra el terror’. No es probable que asistamos al final de la amenaza terrorista y de las erróneas respuestas contraterroristas durante muchos años. El otro asunto coyuntural es el del mercado energético: más pronto o más tarde se encontrará una alternativa al motor de combustión para hacer funcionar a los automóviles, y otras fuentes de petróleo y gas natural pueden descubrirse fuera de Oriente Medio. Sin embargo es muy poco probable que ninguna de estas dos cosas se produzca en las dos próximas décadas. El resultado: Europa, y el mundo en su totalidad, incluyendo una economía como la china, cada vez más sedienta

de energía, dependerá crucialmente del petróleo procedente del Golfo y del gas natural del Golfo y del norte de África. En este momento, y desde hace ya décadas, no hay aquí ninguna planificación intergubernamental ni ninguna cooperación negociada productor-consumidor: esto lleva consigo el germen de una tensión considerable y de una gran ira popular en los países productores y consumidores, como ha puesto en evidencia la subida de precios de las últimas semanas. Las advertencias que se han hecho en este sentido desde los años setenta han sido ignoradas: estamos lejos de conseguir ningún tipo de sustancial relación interestatal cooperativa respecto a esta materia prima, una de las más vitales. Por lo que respecta a otros temas relacionados con la energía, particularmente a la protección del medio ambiente y a lo que esto significa para los precios energéticos, hay un abismo total entre la postura de Occidente, donde existe la preocupación por el futuro ecológico, y la de los países productores de Oriente Medio, donde medidas tales como la conservación de la energía y el impuesto sobre la emisión de dióxido de carbono son vistas como otra conspiración occidental contra ellos.

La tercera dimensión temporal, la de la *longue durée* –de muchas décadas, incluso siglos o épocas– es la de la relación global entre el mundo musulmán y el mundo occidental, a nivel cultural y político, y también a nivel económico: el abismo entre las rentas en la parte norte y la parte sur del Mediterráneo es actualmente de una proporción de quince a uno –y va en aumento–, y en el sur todo el mundo lo sabe. A nivel cultural se habla mucho del choque de civilizaciones y de las profundas raíces de este supuesto choque, pero esto es histórica y políticamente falso, y además se trata de una falsedad peligrosa e irresponsable. Si un número lo bastante elevado de charlatanes y demagogos no deja de repetirlo, y si a consecuencia de ello corre la sangre, este conflicto cultural y religioso puede legar, por supuesto, a hacerse realidad.

## **CONCLUSIÓN**

Lejos de permanecer pasiva o paralizada por la fascinación que provocan dichos retos, y en vez de seguir las políticas norteamericanas o de tratar de contrarrestarlas, Europa puede y debe definir una política activa e independiente con respecto de la crisis en cada una de estas tres dimensiones temporales: a corto, medio y largo plazo. Y aquí quisiera mencionar cuatro posibles áreas.

Primero, respecto a Irak, Europa tiene que contraer y mantener un compromiso para la consecución de una transición política positiva en aquel país. No se trata de enviar o no enviar tropas, cuestión que siempre será de una importancia militar marginal, ni de gritar, de una forma vaga e irrelevante, que alguien está ‘en contra de la guerra’. El pueblo iraquí necesita ayuda, y nosotros se la debemos, dado lo mucho que Occidente en general, y cada uno de los más importantes países occidentales en particular, respaldaron durante treinta y cinco años la dictadura de Sadam Hussein: no tenemos solamente la obligación de ayudar a Irak en su transición política; tenemos también que pagar la deuda que hemos contraído con el pueblo iraquí por toda la ayuda que prestamos a la dictadura, una dictadura que duró casi tanto como la de Franco en España. Respecto de Irak, tres son en particular las áreas en las que el consejo político de la Europa occidental puede ser más relevante: la democratización de las fuerzas armadas, la abolición de la pena de muerte, y la construcción de un sistema federal viable.

Segundo, y respecto al tema de las relaciones a largo plazo con el mundo musulmán, en Europa hemos de pensar clara y detenidamente qué entendemos por ‘secularismo’ y cuáles son los límites del papel de la religión en la vida pública y social. El secularismo es, en líneas generales, parte de la concepción europea de nuestro sistema legal y democrático, pero necesita ser críticamente reexaminado a la luz de las ideas contemporáneas sobre los derechos y el pluralismo. Son muchas las diferencias respecto a cómo se entiende esto en diversos países, y lo dice alguien como yo, que vengo de Irlanda, donde una familia de clase media y nacionalista como la mía era muy anticlerical. Hemos de recordar a los franceses que ellos no son los únicos, ni necesariamente los primeros, que propusieron la idea secularista en la política moderna. Al final, y cuanto antes mejor, necesitamos tener una política europea común sobre el secularismo a nivel legal, político y cultural. Sólo entonces sabremos –nosotros y las comunidades musulmanas que viven en Europa occidental, y de hecho también el mundo musulmán como un todo– dónde estamos.

Tercero, hemos de llevar a cabo un trabajo de clarificación intelectual. Hemos de deshacernos de una serie de mitos que están muy extendidos entre la opinión pública y los círculos académicos europeos acerca de la relación de Europa con el mundo islámico. Una de estas ideas-mito es que, de algún modo, Europa se ha definido históricamente a sí misma en contraposición al Islam. El 95% de las definiciones de los estados europeos se han llevado a cabo, en las guerras y alianzas de los pasados

siglos, por medio de sus interacciones con otros estados europeos. Otra idea-mito es que el Islam es en cierto modo ajeno a Europa. Y otra, que Europa se ha enfrentado en el pasado –y sigue enfrentándose hoy– a algo que ha sido seriamente calificado como una ‘amenaza islámica’. Está, además, la idea de que el Islam como religión está de algún modo, doctrinal y teológicamente, comprometida con la violencia contra Occidente en general. La clarificación histórica por sí sola sólo puede hacer parte del camino. Sin embargo, es una parte necesaria del proceso.

Finalmente, la política. Hay un aspecto positivo, o potencialmente positivo, en todo esto. Tal como están hoy las cosas, y a pesar del drama del once de septiembre y de otros atentados, la campaña yihadista transnacional no puede destruir –ni siquiera debilitar gravemente– a los estados democráticos occidentales, *a menos que sus gobiernos así lo quieran*. Los efectos del once de septiembre en los sentimientos del pueblo norteamericano han sido enormes. El miedo se ha extendido mucho y sus efectos se notan en la vida cotidiana, y hasta cierto punto –pero sólo hasta cierto punto– en la pérdida de confianza en las relaciones comerciales. Las relaciones políticas con EEUU han empeorado de un modo claro. Pero los atentados no han deteriorado de un modo importante la vida política o económica de los países occidentales, ni es probable que lo hagan. En líneas generales, Occidente sobrevivirá si sabe mantener la sangre fría, si no reacciona de un modo excesivo y si mejora de una manera realista, y no utópica, su seguridad y sus servicios de información e inteligencia.

Aquí, sin embargo, se necesita una cosa por encima de todo, algo deplorablemente ausente de la respuesta americana al once de septiembre, y algo que los líderes de Al Qaeda y otros grupos entienden, de momento, mucho mejor que los líderes occidentales; a saber, una política sensata y mesurada. El terrorismo, que ya de por sí es una táctica armada, una forma de librar una campaña política y militar, no puede definir la respuesta: ésta es una trampa en la que el presidente norteamericano ha caído fácilmente. La respuesta tiene que ser más exhaustiva y más imaginativa, además de más prolongada. Tiene que tener visión política respecto al cambio y a la justicia en Oriente Medio, y con respecto a un mayor conocimiento de esta región por parte de los formuladores de las políticas occidentales, y por parte de la opinión pública en general. Cada uno de los componentes de este conglomerado que es la crisis del Asia Occidental –ya se trate de Palestina como de Irak, Irán, Arabia Saudita, Afganistán o Cachemira– necesita ser abordado de un modo individual y con mucha decisión; el fracaso en la resolución de cualquiera de estos

problemas proporciona un apoyo real a la causa fundamentalista. Tenía razón el presidente del gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero cuando, en septiembre del 2004, dijo ante la ONU que la lucha contra el terrorismo tiene que librarse a tres niveles: militar, político y cultural. De este modo, y con una serena determinación para resistir el impacto de estos ataques durante un período de tiempo prolongado, podrá esta campaña tener una conclusión positiva. En esto reside, por encima de todo, la responsabilidad de Europa.